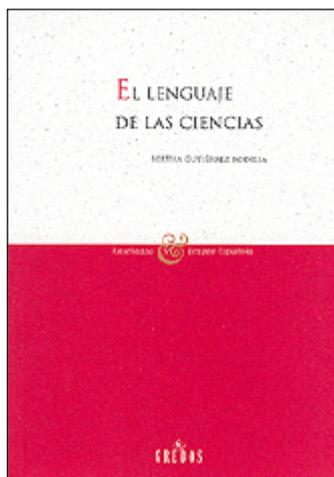


Introducción práctica al lenguaje científico

Josep L. Barona*

GUTIÉRREZ RODILLA, Bertha: *El lenguaje de las ciencias*. Madrid: Gredos; 2005. 96 páginas. ISBN: 84-249-2741-9. Precio: 5,75 euros.



Las publicaciones sobre los lenguajes de la ciencia y la tecnología han experimentado un apogeo apreciable durante la última década. Seguramente no es ajena a este fenómeno la aparición de nuevos espacios académicos y profesionales relacionados con la lingüística aplicada, la lexicografía, la documentación, la información y la comunicación científicas. Los acercamientos al lenguaje científico pueden ser y están siendo plurales,

porque los llamados «lenguajes de especialidad» son un dominio donde convergen lengua, saber, información y comunicación, todos ellos campos que gozan de especialistas, métodos y acercamientos propios. No obstante, la aportación que a este dominio están llevando a cabo los historiadores de la ciencia españoles resulta especialmente meritoria, probablemente como consecuencia de una larga tradición que procede del interés profesional y académico de los médicos e historiadores de la medicina por el lenguaje médico y la comunicación médico-enfermo. En este sentido, si exceptuamos la excelente monografía de García Belmar y Bertomeu sobre la historia de la terminología química titulada *Nombrar la materia* (Barcelona, 1999), la máxima expresión de ese punto de encuentro entre la historia de la medicina y el estudio del lenguaje científico se da en la obra de Bertha Gutiérrez Rodilla. Sus tres últimas monografías —*La ciencia empieza en la palabra* (Barcelona, 1999), *Aproximaciones al lenguaje de la ciencia* (Burgos, 2003) y *El lenguaje de las ciencias* (Madrid, 2005)— representan la mejor síntesis de una obra marcada por la originalidad aplicada a un espacio interdisciplinar en el que la reflexión y los métodos de la historia tienen un espacio propio y aportan solidez al discurso.

El tono y la intención de esas tres obras emblemáticas es bien distinto. En *La ciencia empieza en la palabra*, Bertha Gutiérrez ofrecía la versión más académica de su labor analítica y de acercamiento histórico al lenguaje científico. Su tono es el de un manual universitario que delimita conceptos

(la distinción entre lenguaje científico y lenguaje común, la terminología científica...), explica fenómenos lingüísticos relacionados con la ciencia (la creación de neologismos), plantea las consecuencias de la internacionalización de la ciencia y sus repercusiones sobre las nomenclaturas, la traducción o la formación de un lenguaje vivo y se asoma al dominio de la información y la documentación científicas o a la divulgación. Constituye, pues, una excelente obra de consulta, útil para cualquiera de los campos que se ocupan del lenguaje científico-técnico.

En cambio, la obra que ahora reseñamos tiene un talante sustancialmente distinto. Se trata de un libro pensado para la enseñanza, con un modelo práctico de uso y aplicación, que desprende intención pedagógica desde la primera hasta la última página. Contiene, por consiguiente, partes expositivas, presentadas con la concisión y la claridad que requiere la función docente, unas breves recomendaciones bibliográficas en cada capítulo, fragmentos de textos que desempeñan el papel de lecturas complementarias para debatir las ideas expuestas y finalmente una serie de ejercicios encaminados al trabajo práctico del lector o el estudiante. Con esa estructura, es coherente describir *El lenguaje de las ciencias* como una excelente guía académica teórico-práctica para introducir a estudiantes de Ciencias, de Medicina, de Biblioteconomía y Documentación, de Lingüística, de Filosofía, de Comunicación Audiovisual o de Periodismo en los lenguajes de especialidad. Y todo ello con una elegancia socrática y un eclecticismo carente de dogmatismos.

La parte introductoria está dedicada a analizar la dimensión lingüística de toda forma de conocimiento y en particular del conocimiento científico, sin olvidar las formas de argumentación y las retóricas de la ciencia. Tres fragmentos del manual antes citado de García Belmar y Bertomeu, de Galán y Montero y de Locke complementan las relaciones entre ciencia, enseñanza y lenguaje, y otros seis fragmentos de tono divulgativo, que incluyen prensa diaria y conferencias para el gran público, se proponen como objeto de debate y análisis en una estrategia de dinámica de grupo que pretende promover la reflexión a partir de los materiales propuestos.

Un esquema semejante se aplica a cada uno de los cinco grandes capítulos que configuran el libro. El primero está dedicado a definir y caracterizar el lenguaje científico. En él Bertha Gutiérrez argumenta sobre precisión, economía, recursos, y sólo cuando se refiere a la *neutralidad* (carencia de valores y connotaciones afectivas) se podría (y, en mi opinión, se debería) cuestionar la falacia de semejante artefacto ideológico. Resulta muy útil aquí la información complementaria sobre recursos especialmente utilizados por el lenguaje científico, las siglas, los símbolos, los prefijos, las unidades suplementarias y las derivadas o las empleadas en campos específicos, como

* Universidad de Valencia (España). Dirección para correspondencia: Jose.Luis.Barona@uv.es.

la electricidad o la física de partículas. Los fragmentos que se proponen en los ejercicios del capítulo abarcan una variedad de estilos y contenidos que van desde la poesía de Juan Ramón al lenguaje del laboratorio o la filosofía de la ciencia.

El segundo capítulo está dedicado a la *neología de forma*, es decir, a la construcción de nuevas unidades léxicas combinando elementos ya existentes. Aquí, las referencias a la prefijación, la sufijación y la composición de neologismos se acompaña de listados de diversa índole que facilitan la comprensión. Este capítulo incluye una información complementaria sobre onomatopeyas y epónimos y dos textos plagados de unidades terminológicas que incluyen la amplia tipología que ha sido expuesta en los capítulos anteriores.

Tres tipos de neología asociados a la creación terminológica (de sentido, sintáctica y de préstamo) son analizados en el capítulo siguiente. Tanto aquí como en otros apartados, el referente lingüístico principal son las ciencias de la salud y la terminología médica. No olvida la autora incluir una referencia explícita y bien documentada a la llamada *neología de préstamo*, que refleja la avasalladora influencia del inglés tanto en la forma como en el sentido. Completan el capítulo un discutible fragmento de H. Capel en favor de la pluralidad lingüística frente al uso del inglés como *lingua franca* y dos textos que pueden servir al lector de ejercicio práctico para la búsqueda de neologismos de sentido y análisis de la estructura interna de las unidades terminológicas.

Sinonimia, homonimia, polisemia, pluralidad lingüística y divulgación son algunos aspectos que analiza el siguiente capítulo, que se acerca al análisis de la terminología desde la óptica

de la comunicación. En este caso, las lecturas complementarias derivan hacia varias cuestiones relevantes: las dificultades que plantea la comunicación entre el especialista y el público, la necesidad del empleo de un lenguaje complejo entre especialistas y los riesgos que ello comporta. El caso Sokal y las *imposturas intelectuales* entre científicos se incluyen oportunamente como elemento de debate y análisis. Los ejercicios propuestos aquí abundan precisamente en esa idea del uso del lenguaje como parapeto retórico para hacer complejo lo que a veces pudiera ser sencillo.

El último capítulo del libro se adentra en las perspectivas abiertas por *la red* y la comunicación electrónica, y su influencia en el lenguaje científico. Más que una reflexión acerca de lo que está sucediendo, Bertha Gutiérrez aporta una valiosa guía de páginas web que incluyen glosarios monolingües y plurilingües, diccionarios, enciclopedias, vocabularios, tesauros, nomenclaturas, y otras páginas especializadas en recursos lingüísticos tanto públicas como privadas. El listado demuestra el dinamismo del flujo de información por *la red* y la presencia en ella de foros, listas de discusión, revistas y boletines de contenido lingüístico y asociaciones e instituciones o redes de terminología.

La lectura de esta breve monografía de Bertha Gutiérrez no sólo abre los ojos a cualquier ciudadano sobre la importancia del lenguaje de las ciencias en nuestra sociedad de la información, sino que además hace pensar y ofrece instrumentos útiles para su aplicación en la docencia. Por su claridad y orientación merecería formar parte de la formación de cualquier estudiante universitario.

Siglas, abreviaturas y otras yerbas (como decimos en Buenos Aires)

Claudia Tarazona

Traductora pública e intérprete. Buenos Aires (Argentina)

Bien sabemos, queridos colegas, que las abreviaturas y las siglas a menudo son un desafío para el traductor. Las nuevas (*HAART: highly active antiretroviral therapy*), las informales, de la jerga médica, las inventadas (IAM: infarto agudo de miocardio o insuficiencia aguda monetaria; HLA: antígeno leucocitario humano o hermano latinoamericano; WNL: *within normal limits* o *we never looked!*). Muchos de los colegas que asisten a mis cursos manifiestan la misma inquietud. ¿Se traducen, no se traducen? ¿Qué prefiere el cliente?

Estaba hace unos días traduciendo una historia clínica y me encontré con «ALI»:

Durante el acto operatorio se recibe formación nodular blanquecina de 2 × 1,8 cm. Congelación: positivo (ALI).

¿Sería *acute limb ischemia*? ¿*Acute lung injury*? ¿*Anterolateral infarct*?

Ninguna de ellas se ajustaba al contexto. Por otra parte, debo aclarar que el texto estaba en español, por lo que ninguna de estas opciones era válida. De acuerdo, muchas veces las siglas aparecen en inglés y así se usan en ambos idiomas. Pero descubriría luego que este tampoco era el caso.

Como de costumbre, agoté las fuentes de búsqueda: la red, glosarios, diccionarios, listados, revisé toda la folletería que guardo en mi biblioteca, consulté con los galenos, pregunté a los colegas.

Por suerte el informe médico incluía al pie la dirección del hospital, teléfonos y hasta el nombre del profesional responsable. Por lo que, ni corta ni perezosa, llamé al servicio del hospital y pedí hablar con el galeno en cuestión. Muy amablemente me explicó que ALI correspondía a Alberto Luis Iotti: ¡el médico que había realizado el procedimiento!